

NO ES ESTA la que Henry Murguer hizo respirar en su libro famoso. Ni siquiera, todavía, habita en las páginas de alguno. Siempre a la deriva, como a fumaca por todos los recuerdos, la bohemia chilena es cosa que no se ha escrito aún, tal como en verdad lo ha sido. Ahora — me imagino — esta ausencia se prueba porque no hay nadie capaz de definirlo, alumbrando su nostalgia con nombres y con nombres. Yo mismo, por ejemplo, que fui actor y testigo de tantas de sus muchas escenas, prefiero refugiarme en lo callado cada vez que me preguntan sobre una. Es la vergüenza criolla, el temor colonial al qué dirán, que siempre busca algo como un hábil secreto para guardar en él la presencia antigua de lo que se fue y se usó. Si hoy estoy alietado con violencia sus viejas cerraduras, no sé, exactamente, por qué lo hago. Tal vez sólo para sentir que una vehemente llama arde hasta en la luz más tenue apenas el cofre queda abierto. Entonces me pongo a recordar rostros, maneras, gestos, conductas y palabras, y con todo ello, otro aire, otra alegría, otro vino y otra risa. Es un material de pseudodigitador que sirve para reconstituir imágenes. ¿Cuál es la que se gustaría ver ahora? ¿Cuál? Bueno. Aquí tenía al poeta Antonio Roco del Campo, en su genio y su figura.

Era gordo, talquino, de muy buen diente. Tenía la cultura de un obispo y parecía por la fecha un fraile de otros tiempos, de los picares del Siglo de Oro. Poseía el secreto de la inmutabilidad. Jamás duraba largamente en algún puesto. Estos años, sin embargo, nunca le quitaron el sitial. Tampoco le rebajaron kilos a su peso. El Gordo Roco sabía vivir sobre la propia vida, sin perder su gran Bern charlatán, demastado, inteligente, muy simpático, siempre hubo para él un sitio en las mesas amigas. Comiendo, disfrutaba como sólo Lúculo podría haberlo hecho en la casa de Licurgo. En los banquetes, no desdeñaba echarle al bolillo las prezas que los otros abundaban en los platos. Su traje estaba siempre liso de alegría y abundantes manchas. Pero cada una decía de su previsión para el mañana. Alimentarse era para él una pasión preferida que lo obligaba a ser avaro de su última estrofa. Nunca olvidaré

nas recibido su capelo. Entonces alguien le dijo a mi mujer que Roco estaba guardando misteriosas cosas en su chaqueta. "¿No serán las plenas del servicio, que es de plata?", insistió el chilense, mientras yo me reía, advirtiendo la verdad. De todas modos, la pestanta víctima — mi mujer — enfrentó al poeta con dura decisión:

— ¡Qué diablos te está llevando, sinvergüenza!

Roco respondió con alegre estrépito:

— ¡Nada más que puro pavo! — dijo, — escribiendo una preboga sacada del bolallo.

El poeta ya vivía en esos días su tremenda bohemia destrorada. Algunas noches dormía en los diarios, tapándose con el papel de imprenta, pensando a la que llamaba "perfectismo suro". Pero de insomnios comenzó a verse con el rostro descomulgado, sin las cruces ojeras cansadas por su continuo velar a medias. ¿Había hallado ya la seguridad del techo y del abrigo? No. Sólo había adivinado algo parecido. Con Alberto Rojas Jiménez, también otro poeta de idénticas angustias, ese otro "viene volando" en los versos de Neruda, alojaba entonces en la Catedral de Santiago.

— ¡Qué cosa dice usted? (En la Catedral no aloja nadie!

— Pero allí lo hacían Roco y Rojas Jiménez. Más de una vez, hasta yo los acompañé a su coito. Era muy simple. Trasnochaban fieramente, de bolche en bolche, con charlas, anécdotas y bromas. De esta manera iban amasando despacio, esperando que llegase el día. Entonces, ya con el sol encima, entraban en la Catedral, donde tenían elegidos dos confesarios que nunca ocupaban los sacerdotes. En ellos, sumidos en la sosegante tranquilidad de la penumbra, dormían con tranquila inervencia hasta la tarde. ¿Qué le parece? Yo que lo vi, lo digo.

— ¡Hombre! ¿Y nunca los molestó alguien que quisiera confesarlos?

— Sí. Algunas vez, contritas pecadoras dolieron sus rodillas ante ellos, actuándose ante el Buen Dios de fallos y de porros. Pero esto tampoco hizo escapar a los poetas. Rojas Jiménez había sido alumno de colegio religioso y Roco, novicio en San Agustín de Talca. Los dos masculaban el latín. Y entonces "¡vaya chabón!" los

Remedios, la bella, sigue viva William Kennedy, ganador del Pulitzer 1984, defiende a García Márquez de los "parricidas" [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Remedios, la bella, sigue viva William Kennedy, ganador del Pulitzer 1984, defiende a García Márquez de los "parricidas" [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa